



ASPERGER PARA ASPERGER ®



El Vuelo de Lía



En el corazón de una plaza bulliciosa, vivía una joven paloma llamada Lía. Mientras sus amigos y hermanos trazaban círculos perfectos en el cielo azul, los intentos de Lía por volar eran más bien saltos torpes y aleteos descoordinados. Veía a los demás elevarse con envidia, pero una chispa de determinación brillaba en sus ojos.





Un día, Lía tomó más
carrerilla que nunca. Corrió
por la plaza, batió sus alas con
todas sus fuerzas y saltó. Por
un segundo, sintió que se
elevaba, pero enseguida perdió
el control y aterrizó con un
suave trompicón en un macizo
de flores. Las suaves flores
amortiguaron su caída, pero
no su decepción.



Mientras se sacudía el polen de las plumas, un palomo mayor, de plumaje gris y ojos sabios, se posó a su lado. Se llamaba Anselmo y había visto el intento de Lía. "¿La prisa por llegar al cielo te hace olvidar cómo usar tus alas?", le preguntó con voz amable.



Lía le contó su frustración. Anselmo asintió lentamente. "Volar no se trata de un único salto perfecto, Lía. Se trata de la constancia de muchos aleteos imperfectos", le explicó. "Cada intento, aunque parezca un fracaso, fortalece tus alas y te enseña sobre el viento".



Lía escuchó atentamente. Inspirada por las palabras de Anselmo, decidió cambiar de táctica. En lugar de intentar volar alto, pasó los días siguientes en el suelo, practicando el movimiento de sus alas. Aleteaba una y otra vez, sintiendo cómo los músculos se tensaban y se hacían más fuertes con cada movimiento.



Después de mucho practicar, intentó algo nuevo. Se subió al respaldo de un banco del parque y saltó, batiendo las alas no para subir, sino para planear. Logró flotar en el aire durante unos segundos antes de aterrizar suavemente unos metros más allá. ¡Era la distancia más larga que había recorrido por el aire! Anselmo la observaba desde un árbol cercano y arrulló con aprobación.





Envalentonada, Lía intentó volar desde el banco hasta la rama baja de un árbol. Saltó, aleteó con fuerza, pero una ráfaga de viento la desequilibró y la hizo revolotear de nuevo hasta el suelo. El viejo sentimiento de fracaso volvió a invadirla y se sintió tentada a rendirse.



Pero entonces, recordó las palabras de Anselmo: "la constancia de muchos aleteos imperfectos". Comprendió que esa caída no era el final, sino simplemente un aleteo más en su largo viaje. Sacudió sus plumas, respiró hondo y miró la rama con una nueva determinación.



Desde lo alto, Lía vio la plaza como nunca antes. Vio a Anselmo, un pequeño punto gris en el tejado de un edificio, mirándola. Por fin lo entendió. La alegría no estaba solo en alcanzar el cielo, sino en cada salto torpe, cada práctica en el suelo y cada caída que la había fortalecido. Volar no consistía en ser perfecta, sino en nunca dejar de intentarlo.

